

ga correrá al mar y el resto de las aguas dará vida a las tierras áridas, donde crecerán el algodón y el arroz. El nuevo río cambiará el clima y hará del desierto una tierra de promisión.

No es preciso ahondar mucho para comprender la intención simbólica que, como una agua subterránea, corre a través del libro de Pilniak. El esfuerzo humano, domando las fuerzas naturales, está creando otra civilización, fundada en el trabajo colectivo, donde técnicos y obreros son iguales, liberando, por fin, a la humanidad, mediante la fuerza de una moral emancipada.

La gran obra hidráulica que dirige P. Sergueievitch, con ser el elemento épico de la novela, no es toda la novela.

Frente al héroe, como una vuelta a las epopeyas primitivas que cantaron el nacimiento de los pueblos, está el antagonista, el ingeniero Poltorak que lleva en su sangre el egoísmo sin piedad de la burguesía capitalista. Junto a la castidad varonil de la comunista Pimenovna, la mujer de un solo hombre, Nadiejda Antonovna, la mujer de muchos hombres, que formula cínicamente los cánones de su moral:

—Las naciones mueren, dice, pero yo daré a luz un hijo, engendrado por una época. Estoy contenta de no saber quien es su padre.

Y Fiodor Yvanovitch, María Fiodorovna, Viera Grigorievna, Ivan Ojzoff y todos los personajes que aparecen y mueren a lo largo de la novela, movidos por los resortes de una técnica arbitraria, pero viva, sin división de capítulos, lírica a ratos, épica y descriptiva en sus líneas

generales, dan la sensación de un mundo virgen, en adolescencia, como lo soñó en épocas pretéritas algún vidente, indignado por las injusticias que él observaba en torno suyo y no podía remediar.—*Mariano Latorre.*

HISTORIA

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, LA BASTILLA, por *Thomas Carlyle.*

Espíritu ácido y corrosivo el de Carlyle, desmenuzador de las aparentes buenas intenciones, pesimista de la generosidad y del heroísmo, para quien ningún pensamiento ajeno quedó oculto, historiador amargo, traza en estas páginas, soberbias páginas, un grabado en acero de la primera época de la Revolución Francesa. Perfectamente documentado, minuciosamente documentado en memorias y papeles, no se deja arrastrar por la simpatía que a éste o a aquél inspiraron los héroes de la jornada. El tiene su lente, él tiene su lupa, lente y lupa con que mira a través de los cuerpos y de las almas, descubriendo hasta la más pequeña estría.

¿Qué personaje hay simpático, para Carlyle, entre todos los que figuran en este primer ciclo? Uno solo escapa a su juicio terrible: el ugiere Maillard, el simple y valiente Maillard, en cuyas actividades revolucionarias solo ve, hasta el momento en que termina esta primera etapa de la revolución, un entusiasmo revolucionario puro. Los demás, empezando por Luis XV, encuentran

en Carlyle las palabras más descaradas. Luis XV va a morir:

El tiempo ha acabado y todo el andamiaje del tiempo se derrumba con estrépito sobre tu alma. Se abren los pálidos reinos y vas a entrar en ellos, desnudo y sin realeza, para esperar lo que te esté reservado. ¡Pobre desgraciado! ¡Qué pensamientos serán los tuyos cuando en una oscura agonía te retuerces en tu lecho de miseria! El purgatorio y el infierno, ahora muy posibles, están en perspectiva ante ti, y detrás de ti, en el pasado, ¡ay!, qué de cosas has hecho que más valdría no haber hecho. ¿A qué mortal has socorrido generosamente? ¿Qué dolor has compadecido? ¡Ahora están reunidos a tu alrededor los quinientos mil fantasmas caídos vergonzosamente en los campos de batalla, desde Rossbach hasta Quebec, para que tu prostituída fuera vengada de un epigrama! ¿Y tu vergonzoso harém: las maldiciones de las madres, las lágrimas y la infamia de las hijas? ¡Miserable! Has hecho todo el mal que has podido. Tu existencia entera parece un feo aborto y un error de la naturaleza. Todavía no se conoce tu utilidad ni tu razón de ser. ¿Eras un buitre fabuloso, devorando las obras de los hombres y arrastrando a tu caverna vírgenes, día tras día, revestido también de escamas que nada puede atravesar, no siendo la lanza de la muerte? ¡Buitre, pero no fabuloso, sino real! ¡Terribles momentos para ti, Luis! No queremos ahondar más en los horrores del lecho de muerte de un pecador.

Todas las figuras de la revolución pierden, en este libro (1), la arrogancia y la actitud heroica y no son sino seres ambiciosos, turbios, zurdos. El gran Danton, Marat, Robespierre, Mirabeau, Lafayette, aparecen, en esqueleto, como vistos a través de los rayos X despojados de todo el relieve que la historia les ha prestado. La terrible mirada de Carlyle y su palabra sin curvas, afilada, inmisericorde, los raspa hasta llegar al hueso, a la médula, en una autopsia casi sádica.

Ignoro si el gran solitario inglés tenía algún oculto u ostensible motivo para odiar a los franceses o si su actitud es sólo el fruto de su extraño temperamento y de su más extraña mentalidad. De cualquier modo que sea, y aun creyendo que se debe más a su punto de vista filosófico, la Revolución Francesa, en este primer libro, se nos aparece como una grotesca escena de marionetes, en medio de la cual resalta, con su valor de hambriento, el pueblo francés, la masa, a quien Carlyle, implacable con sus caudillos, parece respetar y aun estimar.— *Manuel Rojas.*

(1) Joaquín Gil, editor. Barcelona, 1931.